

SOBRE EL PROFESOR JOVEN

POR ANDRES IDUARTE

El aumento del profesorado joven preocupa a todos, dentro y fuera de la Universidad. Los ancianos misoneístas que ejercen sin descanso la santa función de atacar y zaherir a la joven institución, se preocupan intelectualmente en el tema; y en él ponen preocupaciones de la misma índole y aun de otras índoles, viejos y jóvenes, profesores y estudiantes universitarios. En suma: los que han sido profesores, los que lo son y los que pueden serlo mañana. Sin embargo, los directamente interesados nada han dicho, a pesar de que en fecha reciente la Confederación Nacional de Estudiantes puso a vivir en la prensa diaria el problema.

La Confederación, con motivo de un incidente universitario, hizo atinadas declaraciones sobre la inconveniencia de que los estudiantes fueran al mismo tiempo profesores, sobre los peligros de este hibridismo. Esas declaraciones, hechas genéricamente, aunque la alusión era concreta y para nosotros ajena, nos hizo hacer genéricas reflexiones. El cuerpo del asunto es poliédrico y enorme, y para examinarlo en orden y en detalle se necesitaría un volumen, y, sobre todo, capacidad mental de geómetra sorprendente. Sin ella y sin él, las reflexiones tienen que ser toscas, tienen que ir sueltas. Mas en detalle y en orden, o sin ellos, deben hacerse y publicarse. La urgencia de comentario no debe ser vencida por dificultades de pensamiento y redacción.

* * *

Lo que primeramente se ocurre comentar es esa doble situación de los estudiantes que dan clases, de los profesores que son alumnos; y el peligro de su posición dentro de la Universidad.

En rigor, la doblez existe, aunque puede ser que no exista ambigüedad. Estrictamente, es claro que los que se hallan en ella ocupan dos posiciones. Pero si observamos un poco, salvo casos especiales, la ambigüedad se desvanece y queda en pura apariencia, en simple exterioridad. El joven que es profesor en una escuela y estudiante en otra, es casi siempre la primera cosa más que la se-

gunda, o al revés: o más profesor que estudiante, o más estudiante que profesor, pero no mitad de una cosa y mitad de la otra. Y así puede hacerse una distinción entre profesores-estudiantes y estudiantes-profesores, distinción que puede ser calificada desde sofisticada hasta perogrullesca, pero que ciertamente no es ni esto ni aquello. El profesor-alumno se dedica a la primera función, y cumple la segunda como complemento. No son pocos los que dan clases en Preparatoria y cursan materias de especialización en Filosofía y Letras. La primera función es fundamental, la segunda función es accesoria. Hay otros casos, sin embargo, en que la situación es menos clara: los que dan clase—los que damos clase—en Preparatoria u otra escuela y somos alumnos de la Facultad de Derecho. Los que nos hallamos en tal situación tenemos la manera—y el deber en primer término—de aclarar y definir. El profesor que recibe clases en otra escuela queda definido por la suma y calidad de su actividad en uno y otro sentido; o está entregado a su cátedra—a su materia y a sus alumnos—o está entregado a las clases que cursa como estudiante. Nos parece lo primero lo debido, porque, siendo la cátedra el más arduo trabajo y el de grave responsabilidad, es el que más tiempo pide, y el que exige la devoción del joven profesor. Y por eso, el que da mayor importancia a sus actividades de alumno que a la cátedra que sirve, o el que no la da a ninguna de las dos funciones, queda como un simple "chambista", como un ganador a secas de los cien pesos mensuales asignados. Vale también observar que la mayor o menor responsabilidad depende de la cátedra servida: no requiere la misma atención una cátedra de Historia Universal que una de Francés, una cátedra de Química que una de Dibujo Constructivo.

Estas consideraciones son la base de nuestro concepto sobre la actividad de cada uno, sobre la del profesor-estudiante y sobre la del alumno profesor. Repetimos que lo debido es colocarse en la condición primera, y que personalmente a ella tendemos, si es que plenamente no la alcanzamos. Los dos tipos tienen sus respectivos deberes, y como deberes, necesarias renunciaciones. El profesor joven debe estar entregado a su cátedra, y espiritualmente debe convivir con sus alumnos. Debe ser el joven que en tanteos—conferencias, ensayos históricos, o si es orador en la brillante exposición de sus clases—vaya realizando la futura figura del verdadero catedrático. No se concibe un profesor que se ocupe en otras cosas más que en su cátedra, que no dedique a ella todas sus horas, que no dedique a sus alumnos todo su entusiasmo, o cuando menos, todo lo que de tiempo y energía le deje la fatal lucha económica. Las renunciaciones a que está obligado el profesor joven son claras: a no participar como candidato en las luchas electorales de los estudiantes, a no desvirtuar su condición magisterial con la prédica tendenciosa y partidarista.

Si su cátedra debe ser apasionada y caliente por lo que se refiere a las ideas que conmueven el mundo, es intolerable su presión en asuntos estrictamente estudiantiles e indecente si de ella obtiene alguna personal ventaja. Si se ocupa en política estudiantil desvirtúa su cátedra; y si se ocupa en ella en provecho propio, prostituye y enfanga su función magisterial. Las agrupaciones estudiantiles deben prohibir en forma terminante que aquellos que sirven cátedras universitarias—y no sólo los que desempeñan empleos—ocupen cargos dentro de la organización estudiantil, sea en las Directivas de las Sociedades de Alumnos, sea en las de las Confederaciones y Federaciones de Estudiantes; y nosotros, los profesores jóvenes, debemos adelantarnos a esa prohibición.

Esto, que es indudablemente necesario para la buena marcha de la Universidad, no debe ser exagerado. La justicia no debe ceder su puesto a la persecución. No debe desconocerse que el profesor-estudiante puede ser requerido por los estudiantes de su escuela para actividades genuinamente intelectuales, ni debe repudiarse su colaboración en los asuntos graves que puedan conmover al gremio. Deben evitarse situaciones ambiguas en que el joven, colocado entre dos corrientes, tenga que traicionar forzosamente a una de ellas; pero no debe rechazarse su cooperación espiritual. Salvo posibles casos aislados de favoritismo—que somos los primeros en desear que sean denunciados y corregidos por las agrupaciones estudiantiles—es lógico reconocer en el estudiante que da clases, una mayor capacidad que la del estudiante común tan sólo por su doble perspectiva de profesor y de estudiante; por lo que resultaría una injusticia y una imbecilidad que se transformara el grado de profesor en un sambenito para el estudiante que lo posee, y se desechara así una útil y legítima colaboración.

Pero aclaremos este último punto. Hay entre los estudiantes universitarios dos especies de lucha bien distintas: una exterior y otra interior; una puramente estudiantil y otra que es prólogo o ensayo de las luchas nacionales. La una es la persecución de puestos estudiantiles; la otra determina posturas ante la vida. El profesor joven que desee ser verdadero profesor, que haya puesto devoción en su cátedra, no debe tomar la menor ingerencia en las luchas estudiantiles, y menos fundar su situación profesoral en la popularidad de que entre los estudiantes goce; pero, en cambio, tiene la obligación moral de participar con valor y sinceridad, exponiendo sus puntos de vista, en el pensamiento de la juventud. Exponer sus convicciones, ponerlas al servicio de sus alumnos, es el papel necesario del joven profesor: única cosa que lo iguala al viejo profesor, a quien toca la enseñanza metódica y la charla erudita; única cosa que lo pone en camino de ser, a pesar de su juventud, no simplemente un repetidor, sino un maestro.

* * *

Este párrafo último nos lleva a medir la injusticia de la condena que lanzan unos, en globo, contra los profesores viejos, y otros—los más—contra los profesores jóvenes. Si se hiciera caso de las pasiones de algunos ancianos, no habría un solo profesor joven; si imperaran los excesos de varios jóvenes, no habría un viejo en las cátedras, ni siquiera un hombre maduro. Si, por otra parte, fueran ley las opiniones de muchos peregrinos reformadores, no habría ni viejos ni jóvenes, no habría profesores. O, acaso, ellos lo serían. Esto sí se llama egocentrismo y megalomanía, jóvenes acusadores y comentadores del egocentrismo y la megalomanía...

Pero hay que ser menos dogmático y un poco ecléctico. El profesor joven realiza una función que no puede realizar el viejo, y viceversa. Lo que, por supuesto, sí debe cuidarse mucho para juzgar es quién es el viejo y quién es el joven. No por ser viejo se va a admirar; no por ser joven se va a condenar al profesor. Si la vejez a secas fuera mérito para serlo, las instituciones de enseñanza serían transformadas en institutos de beneficencia; y si la juventud, serían transformadas en mayores absurdos: casas protectoras de la juventud, guiadoras de la adolescencia, cuidadoras de la niñez. No por viejos ni por jóvenes, señores jueces dogmáticos, sino por aptos y por honorables.

La Universidad Nacional Autónoma tiene que sobrevivir. Pero sobrevivirá a base de rigor en su régimen interno. La enseñanza superior está en crisis en todo el mundo; y por eso, para salvarla, se necesita tanta energía como comprensión del momento. Y éstas habrán de entrar con el profesorado y por el profesorado, no por los alumnos: no por quienes solicitan los títulos, sino por quienes los otorgan. Sólo así se librará la Universidad de la acusación de manufacturadora de profesionistas, que los malquerientes y los resentidos se han atrevido a lanzarle.

Para ser profesor, joven o viejo, habrán de exhibirse los antecedentes, los antecedentes intelectuales, en preparación demostrada y efectiva y no sólo en diplomas, y la moralidad personal, pública y privada. Cosas muy sencillas, pero cosas que nadie recuerda en un ambiente y en una época de irresponsabilidad casi absoluta. En el Continente en que se ocupan en finanzas y bancos los profesores, en pintura los abogados, en poesía los médicos, en jurisprudencia los poetas, en teología los arquitectos y en derecho público los coroneles, nada ha tenido de sorprendente la improvi-

sación magisterial. Estamos bajo la égida de la Diosa Improvisación. Y en el Continente en que la moral en política ha sido cosa muerta y la traición y el robo, cosas vivas, y en que los predicadores de nueva moral no han sido sino aprovechadores de ideas valientes así deshonradas, y en que los austeros no han sido sino farsantes, se impone una rigurosa reorganización. Claro que la enseñanza, como todas las actividades, sufre la crisis de un mundo corrompido y desvencijado por una organización económica criminal; pero no aguardando la hora de la compostura definitiva, sino haciendo desde hoy, modificando y purificando, habrá de justificarse y legitimarse la combatida enseñanza superior.

En esta reorganización, el hacedor será el joven maestro. Su papel primordial es ese, el del rebelde reformador de un mundo. Va a hacer saber la verdad social, sin liderismos, sin espectáculos, sin exhibiciones. Va a buscar la verdad en el libro y en la vida, y a decirla robusta y claramente a los jóvenes que le siguen en años. Carecerá de la hondura de los viejos, pero su magisterio brillará con los vivos tonos de la juventud. No es su papel contar la historieta de los héroes, sino extraer verdades de los tiempos muertos, sino sacar la moraleja de las grandes vidas. Frente a los adolescentes sólo puede inspirar confianza el negro cabello de los jóvenes. En esta hora de todas las dudas, de todos los escepticismos, de las hirientes soledades íntimas de que hablaba hace poco un estudiante, el conocimiento necesita llegar al muchacho, pleno de vigor y lozanía. No sólo se necesita enseñar, sino animar para la cruenta batalla. Es mentira que el profesor joven introduzca el desorden: además de la palabra apasionada que produce afecto y confianza en el alumno, el profesor joven, siendo su amigo, no debe olvidar el consejo de Rabelais: "la dulce severidad". La adolescencia, actualizada como ninguna otra, incrustada en su tiempo por la dureza del mismo, es injusta o sabia: desdeña el pasado, no quiere oír la voz de los viejos. Calverton decía que los jóvenes están muy lejos de los ancianos, que hay un divorcio profundo, que nos ha separado para siempre una revolución sin antecedente. "Los dioses los han traicionado."

No es un profesor joven quien debe hablar de los viejos. En la hora difícil, la afirmación toca a ellos, la defensa a ellos. Sin embargo, pensemos. Su técnica fría, su enseñanza minuciosa, su palabra amargada, pueden detener y equilibrar. En el momento de la avalancha, tiene que ser su voz consejo de prudencia. Hay, además, enseñanzas que sólo ellos pueden impartir. Las humanidades no se conquistan en diez minutos. Mas, sinceramente, ya no es este el momento de los viejos. Algunos resucitan adaptándose, incorporándose, entendiendo la nueva época; algunos, como el general Adamoff, como el profesor zarista de la Academia Militar de Ju-

risprudencia en el bello libro de Boris Lavrenef, el viejo zarista cae y ama la nueva existencia y muere por ella peleando contra sus viejos compañeros; algunos, como él, ennoblecen su ancianidad con el más admirable remozamiento...

Con todo, sostengamos nuestras situaciones, ellos y nosotros, los jóvenes y los viejos. Nunca querramos nosotros ser viejos en plena juventud. Tenemos que respetar y nunca perseguir, pero mucho menos imitar. Los profesores jóvenes que siguen a los viejos todo lo han perdido. Si son conservadores en la juventud, decía Jiménez de Asúa, es pavoroso pensar lo que van a ser en la ancianidad. Tengamos la valentía de la mocedad. Conservemos, los profesores jóvenes, la agilidad de la juventud. Que los viejos detengan, si quieren detener; que empujen, si hay entre ellos nuevos Adamof. Nosotros—en todos los casos—empujaremos...

* * *

Hay otro problema del profesor que se presta menos a hacer poesía: el económico. También por el económico se ha atacado a los profesores jóvenes: "no deberían cobrar porque son muy jóvenes y porque son estudiantes". Si no vivieran de sus clases, si no percibieran sueldo, no podrían ser profesores, porque el serlo exige dedicación. Y si fueran ricos, claro que no cobrarían. Desgraciadamente, los jóvenes intelectuales nunca surgen de esa clase social surtidora de imbéciles. También extienden la condena económica a los viejos: "ya no deberían cobrar, ya han cobrado mucho". En el ahogo económico del momento, cada cual quiere quitar la balsa a su vecino. Mejor sería que estos maravillosos economistas en cuyos ojos fulgura la siniestra pupila del hombre primitivo, determinaran que todos los que se ocupan en cosas intelectuales, viejos y jóvenes, no volvieran a comer. Sus palabras serían igualmente injustas; pero la expresión de sus sentimientos—expresión dulcísima—sería más sincera.

* * *

El problema del profesorado es serio siempre; el problema del profesorado joven no lo es menos. Las organizaciones estudiantiles están en el deber de exigir capacidad y honestidad a su profesorado, sea viejo o sea joven. Más aún, en el de evitar que las cátedras sean desvirtuadas por la participación de los que las sirven en asuntos estrictamente estudiantiles y prostituídas por su dependencia de los manejos políticos de los líderes. Las agrupaciones estudiantiles están en el deber de exigir más rigor para la aceptación del profesorado; en el deber de señalar las injusticias cometidas,

las complacencias, los favoritismos, y en el deber de perseguirlos concreta e incansablemente. Deben las organizaciones estudiantiles estudiar y proponer el remedio, sea el sistema de concursos, sea el sistema de exámenes por oposición a las cátedras, y éstos completados por una necesaria y estricta valoración moral de los aspirantes. Se lograría una selección positiva, que a nosotros mismos nos causaría orgullo y regocijo. Pero tengan las agrupaciones estudiantiles temperancia y límite, y recuerden que el rigor se torna fácilmente en injusticia.